

## Saladrigas, Arboleya y el debate sobre el futuro de Cuba

Por Lenier González Mederos

### Un nuevo rostro en el exilio cubano

Para quienes seguimos de cerca las dinámicas y proyecciones de los principales actores políticos en el exilio cubano –sobre todo en Miami y en Madrid- desde hace ya varios años va cobrando consistencia la labor desplegada por el *Cuba Study Group* (Grupo de Estudios Cubanos). Concebido como un típico *think tank* norteamericano -incluso posee vínculos de cooperación con el emblemático *Brookings Institution*-, esta importante institución establecida en Miami aglutina a muchos de los más importantes hombres de negocio cubanos radicados en Estados Unidos, bajo el liderazgo del exitoso empresario Carlos Saladrigas.

No existe en la esfera pública una manera homogénea de encuadrar políticamente a los miembros del Grupo de Estudios Cubanos: algunos le adjudican un perfil de centro-derecha; otros afirman que pertenecen a la llamada línea moderada del exilio; el profesor Carmelo Mesa-Lago, por ejemplo, al referirse a ellos siempre les llama “empresarios de mente abierta”, quizás para destacar su pragmatismo, que ha llevado a Saladrigas y su grupo a explorar nuevos caminos políticos respecto a la Isla, alejados de la confrontación y las políticas de aislamiento contra Cuba.

Saladrigas, hasta hace muy poco tiempo, era escasamente conocido en Cuba. En el año 2008 el ex presidente Fidel Castro le dedicó una de sus *Reflexiones*<sup>[1]</sup>: única vez que, según recuerdo, su nombre apareció mencionado en la prensa de la Isla. El politólogo Rafael Hernández, director de la revista *Temas*, lo menciona en un ensayo suyo publicado en un excelente número que la importante publicación habanera le dedicara a las relaciones entre Cuba y Estados Unidos. Los que nos movemos en ambientes eclesiales recordamos a Saladrigas como la persona que dirigió la estrategia que frustró la salida del crucero de la Arquidiócesis de Miami durante la visita del papa Juan Pablo II a Cuba, en 1998. Acción de la que se ha mostrado públicamente arrepentido en varias ocasiones y que, a todas luces, marca simbólicamente su ruptura con las filas de la derecha recalcitrante de Miami.

Si bien hasta hace unas semanas en la Isla solo se podía hablar de Saladrigas (o de su iniciativa de microcréditos para Cuba, por ejemplo) con un pequeñísimo grupo de investigadores, economistas o “iniciados” en las dinámicas del exilio cubano del sur de Florida, ahora ese panorama es distinto. Ello se debe a la publicación, en la revista arquidiocesana *Palabra Nueva*, de una entrevista que le realizara su director, Orlando Márquez, al político y empresario<sup>[2]</sup>. Las respuestas de Carlos Saladrigas a Márquez han circulado bastante dentro de Cuba. Y lo han hecho en el contexto de un fuerte debate interno sobre el reordenamiento económico nacional, debate promovido por el gobierno del presidente Raúl Castro y en el que han participado, de una manera u otra, disímiles actores internos.

En la citada entrevista es evidente su intención de presentarse como actor social ante la sociedad civil cubana. Debo confesar que lo que más me llamó la atención en sus respuestas (y que luego confirmé, aun más, tras la lectura del texto que publica en la sección *Búsqueda*, en este mismo número de *Espacio Laical*) es que Carlos Saladrigas y su grupo vinculan su participación en el presente y el futuro del país con la capacidad de insertar a Cuba exitosamente en las lógicas de los mercados internacionales. Para ellos queda claro que debemos integrarnos en las dinámicas económicas globales (capitalistas y mercantiles) si es que aspiramos a un desarrollo nacional sostenido y duradero. El propio Saladrigas ha declarado, en más de una ocasión, que Cuba posee dos grandes activos estratégicos de cara al futuro: una población altamente educada y una diáspora económicamente poderosa. Él y sus colegas afirman que están en condiciones de transferir todo su *know how* e influencias para lograr el acople virtuoso de Cuba en la economía internacional. Según ellos, ese es el aporte particular que pueden hacerle a Cuba.

Esta racionalidad mercantil tuvo, en el pasado, la capacidad de pensar a Cuba como proyecto de nación, en competencia a otros proyectos de “Cubas posibles”. La misma hunde sus raíces en el siglo XIX, atraviesa de forma zigzagueante la etapa republicana, y desaparece con el triunfo revolucionario, tras ser liquidadas las élites económicas cubanas. En la actualidad resulta sumamente interesante que el Grupo de Estudios Cubanos, bajo el liderazgo de Carlos Saladrigas, haya logrado articular nuevamente un discurso nacional desde esas lógicas. Además, han tenido el tino político de poner a dialogar sus propuestas desde una postura inteligente y moderada: no parecen ser los bárbaros a las puertas de Roma. El rescate de esa racionalidad y la metodología que han utilizado para proponerla constituyen, sin dudas, un aporte político significativo a la nación cubana. Sin embargo, a mi juicio, resulta una propuesta cargada aun de muchísimas interrogantes que el tiempo será, inexorablemente, el encargado de despejar.

## Jesús Arboleya responde

Días después de que la referida entrevista viera la luz, el importante académico cubano Jesús Arboleya ofreció sus comentarios<sup>[1][2][3]</sup> sobre lo planteado por Saladrigas. Jesús Arboleya es un sólido analista político (vinculado tanto a las agencias especializadas del Ministerio del Interior cubano como al sector académico). Además, es uno de los mejores conocedores -sino el mejor- que existen sobre la emigración cubana en Estados Unidos. Quien lo dude ahí están sus disímiles textos, y señalo de forma especial su libro *La Contrarrevolución cubana*.

Ese texto es una referencia obligada para aproximarnos a cómo algunos sectores dentro de la Revolución han entendido el quehacer opositor dentro y fuera de la Isla. Incluso, me atrevo a afirmar que no ha existido un esfuerzo intelectual desde el campo opositor cubano (ni dentro ni fuera del país) que haya logrado igualar, en calidad y alcance, a la narrativa defendida por Jesús Arboleya en ese texto. El excelente dossier *La primera oposición cubana* -coordinado por el historiador y ensayista cubano Rafael Rojas para el número 39 de la revista *Encuentro de la Cultura Cubana*- constituyó una respuesta importante, pero a mi juicio limitada, a lo planteado por Arboleya en ese libro.

Los comentarios de Jesús Arboleya a las declaraciones de Carlos Saladrigas se agradecen por muchos motivos. En primer lugar, porque un analista político que goza de la consideración de las autoridades cubanas es capaz de reconocer la legitimidad de un político cubano residente en Estados Unidos y dialogar con él con respeto; en segundo lugar, porque es capaz de reubicar críticamente las propuestas de Saladrigas y su grupo en las coordenadas de lo que, a su juicio, es políticamente posible en la Cuba hoy; y en tercer lugar, porque ofrece pistas valiosas a los potenciales interesados en encaminar un diálogo entre actores nacionales diversos. Y entre esos potenciales interesados en dialogar quisiera yo imaginar al gobierno cubano y a los sectores moderados del exilio, del cual el propio Carlos Saladrigas y su grupo son, quizás, buenos exponentes.

Resulta aleccionador que un cubano de la Isla dialogue críticamente con uno del exilio (ambos con ideologías totalmente opuestas) respetando los marcos de una civilidad responsable. Una interacción sujeta a estas coordenadas parte del reconocimiento de la legitimidad del “otro” e inyecta una dosis de normalidad al necesario debate nacional. Los poderes establecidos a ambos lados del Estrecho de Florida, durante muchos años, han sostenido sus inmovilismos tras categorías discursivas excluyentes y homogenizadoras (“la mafia anticubana y terrorista de Miami” o “la dictadura castrocomunista”). Ello ha traído como resultado la caricaturización mediática de realidades sociales muy complejas, aquí y allá. Es por ello que ese tono de respeto y, a la vez, de franco realismo constituye un imperativo estratégico en la actual coyuntura, cuando cada día se vuelve más urgente relanzar el diálogo de la Isla con su emigración.

Es en su crítica a las propuestas de Saladrigas donde el análisis de Arboleya se vuelve más interesante y, como es lógico, más polémico. El académico acota y aterriza los planteamientos del empresario desde una lógica pragmática: afirma que desde hace 50 años en Cuba se implantó el socialismo en contraposición al sistema capitalista, y que ese sistema ha gozado y goza de un apoyo popular demostrado; que resulta imposible que los empresarios nacionales o extranjeros se conviertan en “salvadores” del país; y acota que las inversiones privadas deben enmarcarse solo en pequeños negocios. Señala Arboleya que el verdadero nudo gordiano de lo planteado por Saladrigas radica en que su propuesta representa, inevitablemente, la reconstrucción de una burguesía nacional en Cuba, con el agravante de que esa burguesía opera con capitales foráneos, específicamente norteamericanos.

Podríamos dedicar cientos de cuartillas para diseccionar, una tras otra, las polémicas afirmaciones de Arboleya. No es el objetivo de este artículo. Solo acotaría que eso que él llama “el socialismo cubano” es una realidad necesitada de una colosal actualización que la ponga a tono con las aspiraciones insatisfechas de amplios sectores nacionales. Sé, además, lo peliagudo que ha sido, y es, tratar el tema de la necesidad de una burguesía nacional para Cuba. En lo personal pienso que, a largo plazo, esa burguesía logrará reconstruirse en nuestro país, nos guste o no. Sobre nuestros hombros quedaría el reto de lograr articular mecanismos regulatorios, sobre todo desde la sociedad civil, para asegurarnos que sus intereses respondan siempre a los del país.

Sin embargo, las palabras de Arboleya tienen una utilidad mayor: esas mismas podrían ser las objeciones de un sector de la clase política cubana y de sus seguidores (opuestos a un diálogo con el exilio) respecto a las propuestas del Grupo de Estudios Cubanos. Deberían servirnos sus criterios para ganar todos en claridad, para valorar y reubicar temas -con pragmatismo- en una tentativa agenda de diálogo entre sectores del exilio y actores relevantes en Cuba.

## El Nudo Gordiano

Entre los elementos planteados por Jesús Arboleya existe uno que, a mi juicio, alcanza una relevancia significativa, pues logra captar el núcleo proyectivo para que fructifique un posible el diálogo. Afirma el académico cubano: “...cabe entonces preguntarle (se refiere a Saladrigas), si igual que el socialismo cubano tiene que proponerse coexistir con el empresario privado, ellos están dispuestos a convivir con el socialismo cubano. Quizás en eso radica la posibilidad del éxito del diálogo que propone, porque otra cosa solo conduce al enfrentamiento, aunque sea más civilizado y elegante que lo vivido hasta ahora”. La sentencia de Arboleya roza una de las principales problemáticas del quehacer opositor dentro y fuera de Cuba

desde 1959: el reconocimiento o no de la legitimidad de la Revolución cubana como hecho social, cultural y político. El tema encierra una hermenéutica profunda, y pone sobre el tapete interrogantes esenciales sobre el presente y el futuro de Cuba. ¿Es el socialismo insular una realidad socio-política “consensuada” por la gran mayoría de los cubanos? ¿Hasta qué punto la propiedad privada, el mercado y el capital son necesarios para ese socialismo? ¿Acaso son contrarios a la soberanía y a la justicia social? ¿Son antagónicas o complementarias las formas de acumulación estatal y privada? ¿Resulta legítimo que un grupo de empresarios cubanos residentes en Estados Unidos se propongan insertar a Cuba en las lógicas económicas globales? O más allá, ¿tienen derecho los cubanos residentes en el exterior a participar de forma integral en la vida de la Isla? ¿Cómo debe ser la relación del gobierno con los cubanos que no desean el socialismo para Cuba? ¿Deben esos cubanos ser tenidos en cuenta? En caso de que la mayoría del pueblo cubano desee efectivamente un modelo bajo rasgos socialistas, ¿cómo deberían esos compatriotas que se oponen a ello relacionarse con Cuba? ¿Podríamos concebir un socialismo que incluya a todos los cubanos (los de aquí y los de allá), y donde tengan cabida los que están a favor y a los que se oponen al actual gobierno de la Isla?

Estas inquietudes, que en los últimos años han sido objeto de un fuerte debate político por actores focalizados de la sociedad civil, demandan ser canalizadas con mayor amplitud en la esfera pública insular. Las respuestas serían complejas y diversas, como compleja y diversa es la nación cubana. Pero si de algo deberían convencernos es de la necesidad de buscar plataformas de diálogo que intenten dirimir esas inquietudes con respeto, encaminadas a cincelar los mejores consensos. Creo que el país debería aceptar la propiedad privada, el mercado y el capital en la medida que sean capaces de servir al bienestar integral del hombre. En la medida que propicien el despegue de las fuerzas productivas y logren, a su vez, potenciar la libertad y la autonomía del ser humano. Tenemos la responsabilidad de imponer un marco regulatorio adecuado para que estas nuevas realidades económicas tributen al bien común. Cuba no puede darle la espalda por más tiempo a su inserción plena en las dinámicas económicas globales, por mucho que sepamos cuán injustas son. Debemos hacerlo con creatividad, de manera tal que sirva a nuestros intereses.

El reto radica en buscar una sólida articulación entre las políticas sociales (que gozan del respaldo mayoritario del pueblo) y una plataforma de cambio flexible y heterodoxa (que haya sido consensuada con la mayoría de los sectores nacionales). Si Carlos Saladrigas y su grupo están dispuestos a aceptar las mediaciones resultantes de ese consenso (que en no poca medida se dirige en Cuba) entonces no veo por qué no pudieran participar activamente en el acople del país en las dinámicas económicas globales. Solo que este escenario aun resulta hipotético, pues el bloqueo norteamericano sobre Cuba impide llevar a vías de hecho semejante asunto.

¿Estará Carlos Saladrigas dispuesto a convivir con el socialismo cubano? O mejor, ¿estamos los cubanos todos dispuestos a seguir viviendo bajo el socialismo? Depende de qué socialismo hablemos. Si es ese vertical y burocrático, que es incapaz de traer prosperidad al país, deja escaso espacio para la autonomía y la realización del ciudadano, pues francamente no lo creo. Es por ello que el gobierno cubano tiene la responsabilidad de convertirse en facilitador de un proceso ampliado de diálogo, donde participen el mayor número de cubanos (de adentro y de afuera), para arribar a consensos aceptables para la mayoría. Este desempeño podría ser un gran servicio a la nación y, a su vez, una contribución para sobrevivir como clase política. Lo he dicho en varias ocasiones y lo reitero: en la medida que el actual gobierno sea capaz de convertirse en facilitador de un proceso de concertación nacional, estará en condiciones de garantizar su preservación como clase política de cara al futuro.

### **Claves para un diálogo**

Si intentamos sacar la propuesta de Arboleya de los corredores del mero ejercicio mental, esta debería tener implicaciones en dos sentidos: a) constituye una invitación a Carlos Saladrigas para desplegar un quehacer político desde lógicas nuevas, desmarcadas de la habitual y estéril confrontación y b) necesariamente implicaría más creatividad, seriedad y voluntad política por parte del gobierno cubano para asumir el camino del diálogo con actores relevantes del exilio cubano, más allá de los deslucidos eventos de “ La Nación y la Emigración ”, convertidos en tribuna de grupos minoritarios que apoyan incondicionalmente a La Habana. Es cierto que esta fórmula no opera al vacío, sobre ella actúan variables múltiples salidas de los intersticios del poder de La Habana , Miami y Washington.

El Grupo de Estudios Cubanos tiene el triple desafío de afianzar el diálogo con actores de la sociedad civil cubana, lo cual implica, necesariamente, desmarcarse de lo que en Miami se entiende por “sociedad civil” en Cuba: única y exclusivamente la disidencia interna. Comprender el verdadero lugar que ocupa la disidencia interna en la correlación de fuerzas internas en Cuba y reconocer la legitimidad de actores políticos tildados de “oficialistas” en Miami, sería un paso crucial. En esta categoría de “personeros del régimen” u “oficialistas” entran, la mayoría de las veces, los mejores investigadores, científicos, economistas, intelectuales y artistas que tiene el país.

Además, tienen la responsabilidad de mantener un diálogo respetuoso, sereno, y en calidad de iguales, sin caer en la tentación de querer ofrecer fórmulas salvadoras sobre el futuro de Cuba y teniendo presente que ese futuro lo deciden los cubanos, sobre todo los que viven en la Isla. También deberían ayudar a articular plataformas de diálogo abiertas y democráticas, donde sectores nacionales calificados de “oficialistas” en Miami puedan participar abiertamente del debate si así lo desean. Se trata, en esencia, de buscar una sintonía efectiva con las dinámicas sociales de la Isla , la mayoría de las

veces desvirtuadas por el aparato de legitimación simbólica de la oligarquía política del exilio de Miami.

Otro asunto peliagudo -que seguramente será esgrimido dentro de Cuba por sectores “duros” que no desean ningún diálogo con el exilio cubano- es el referente a la soberanía nacional. Alegarán, no sin razón, que esos grupos de poder (porque en la práctica son empresarios con mucho poder) si logran alguna influencia dentro de Cuba, se convertirían en representantes de los intereses norteamericanos en la Isla. Este es un tema peliagudo dada la relevancia que posee el tema de la soberanía nacional en la agenda del nacionalismo cubano.

Carlos Saladrigas, en el texto que publica en la sección *Búsqueda*, en este mismo número de *Espacio Laical*, afirma que la diáspora cubana debe utilizar toda su influencia para balancear, a favor de Cuba, la asimetría de poder existente con respecto a Estados Unidos. Es una tesis interesante, novedosa y, sobre todo, políticamente ambiciosa. Máxime si proviene de Miami, donde el neoplattismo ha sido la norma para sus sectores más poderosos. Intuyo que el tema de la soberanía estará en el centro mismo de los debates futuros sobre las relaciones entre Cuba y su emigración. El Grupo de Estudios Cubanos debería tenerlo como tema neurálgico en una virtual agenda de debate. En no poca medida el éxito de la gestión de Saladrigas depende del posicionamiento y del quehacer político práctico en torno a esta problemática.

Para el gobierno cubano el diálogo con actores políticos moderados en el exilio del sur de Florida debería ser visto como una oportunidad a no desechar. Lo menos que deberían hacer es abrir una ventana para posibles tanteos y aproximaciones. Porque no caben dudas que el futuro de Cuba pasa, inexorablemente, por la búsqueda de una nueva concertación nacional, donde puedan participar actores nacionales diversos, comprometidos con la justicia social, la soberanía nacional, el desarrollo económico y la ampliación de los derechos individuales y sociales en la Isla.

## Epílogo

La posibilidad de éxito de cualquier diálogo sobre la cuestión cubana descansa, sobre todo, en la capacidad de saber llevar adelante una metodología de interacción sostenida por la transparencia. Algunos dentro de Cuba podrían mantener la hipótesis de que Carlos Saladrigas y el Grupo de Estudios Cubanos encarnan una nueva estrategia para subvertir, con “mano blanda y camisa de seda”, el orden interno en Cuba. Es por ello que el actuar sin dobleces resulta crucial en la actual coyuntura. Aparentar semejante postura echaría por tierra el esfuerzo de más de 10 años del Grupo de Estudios Cubanos “desactivando el campo minado entre la Isla y el exilio”, como le gusta afirmar a Carlos Saladrigas. El gobierno, por su parte, debería asumir con responsabilidad un posible diálogo, y aceptar que Cuba es una nación plural y que todos sus hijos tienen el derecho de participar en la vida social, económica, cultural y política de la Isla.

El camino no será un lecho de rosas: ni aquí ni allá. Nunca lo es cuando se va a contracorriente, rompiendo las lógicas y los esquemas que nos han mantenido separados por tantos años. Ser delicadamente cuidadosos y transparentes, incluso en los pequeños pasos, será decisivo a partir de ahora. Debatir y concertar una agenda común en torno al nacionalismo cubano resulta crucial para construir una patria próspera, soberana e inclusiva. Dios quiera que estos diálogos, todavía hoy incipientes, fructifiquen para bien de la nación cubana.

Para mayor información escribir a [espaciolaical@arzhavana.co.cu](mailto:espaciolaical@arzhavana.co.cu) o llamar al (+537) 8624008, extensión 126, de lunes a viernes, de 9:00 AM a 12:00 M.

La revista *Espacio Laical* puede ser vista en [www.espaciolaical.org](http://www.espaciolaical.org) o adquirida en la Casa Laical, sita en Teniente Rey #152 (tercer piso) e/ Bernaza y Villegas, La Habana Vieja.

## CRÉDITOS:

Equipo de redacción: José Ramón Pérez, Roberto Veiga, Lenier González y Alexis Pestano.

Diseño: Ballate